



Bioluminiscencia: un regalo

A veces es la propia naturaleza la que ofrece una oportunidad inesperada. La bioluminiscencia en el borde costero de Guanaqueiros y Tongoy, ha transformado un evento espontáneo en un motor para el turismo y la economía local.

Lejos de ser solo un espectáculo visual, este tipo de manifestaciones naturales tiene un efecto concreto: atrae visitantes. Y cuando llegan visitantes, se activa una cadena virtuosa que beneficia a toda la comunidad. Hospedajes, restaurantes, comercio y servicios turísticos comienzan a moverse nuevamente, incluso en períodos que tradicionalmente son más complejos.

Las actividades, que normalmente se concentran durante el día, se han extendido hacia la noche. Esto no solo diversifica la oferta, sino que también permite aprovechar mejor la infraestructura existente. Negocios que hoy pueden operar hasta altas horas, generando ingresos adicionales sin necesidad de grandes

inversiones.

En un mundo donde los consumidores buscan cada vez más vivencias auténticas, los fenómenos naturales únicos se convierten en un atractivo difícil de replicar. No se trata solo de ver algo distinto, sino de vivirlo: caminar por la orilla, observar el mar brillar y sentirse parte de un entorno especial.

La llegada de visitantes genera un ambiente más dinámico, fomenta el encuentro entre personas y refuerza el sentido de pertenencia de quienes viven allí. Muchas veces, son los propios residentes quienes redescubren el valor de su entorno.

Este escenario deja una lección importante: la necesidad de valorar y cuidar los ecosistemas. Estos fenómenos no son permanentes ni garantizados, dependen de condiciones ambientales específicas. Su preservación está directamente ligada a cómo se protege el entorno natural.